



CIEEM 2018/2019

LENGUA

Clase n° 14, 30 de junio de 2018

El cuento fantástico

Leé atentamente el siguiente texto:



“Manos”, Elsa Bornemann

Extraído de “¡Socorro! 12 cuentos para caerse de miedo”. Buenos Aires, 1988

(...) Martina, Camila y Oriana eran amigas amiguísimas. No sólo concurrían a la misma escuela sino que —también— se encontraban fuera de los horarios de las clases. Unas veces, para preparar tareas escolares y otras, simplemente para estar juntas.

De otoño a primavera, las tres solían pasar algunos fines de semana en la casa de campo que la familia de Martina tenía en las afueras de la ciudad.

¡Cómo se divertían entonces! Tantos juegos al aire libre, paseos en bicicleta, cabalgatas, fogones al anochecer...

Aquel sábado de pleno invierno —por ejemplo—lo habían disfrutado por completo, y la alegría de las tres nenas se prolongaba —aún— durante la cena en el comedor de la casa de campo porque la abuela Odila les reservaba una sorpresa: antes de ir a dormir les iba a enseñar unos pasos de zapateo americano, al compás de viejos discos que había traído especialmente para esa ocasión.

Adorable la abuela de Martina. No aparentaba la edad que tenía. Siempre dinámica, coqueta, de buen humor, conversadora. Había sido una excelente bailarina de "tap". Las chicas lo sabían y por eso le habían insistido para que bailara con ellas.

— ¿Por qué no lo dejan para mañana a la tardecita? ¿Eh? Ya es hora de ir a descansar. Además, la abuela no paró un minuto en todo el día. Debe de estar agotada.

La mamá de Martina trató —en vano— de convencerlas para que se fueran a dormir a las cuatro y no sólo a las niñas, porque la abuela tampoco estaba dispuesta a concluir aquella jornada sin la anunciada sesión de baile. Así fue como —al rato y mientras los padres, los perros y la gata se ubicaban en la sala de estar a manera de público— la abuela y las tres nenas se preparaban para la función casera de zapateo americano.

Afuera, el viento parecía querer sumarse con su propia melodía: silbaba con intensidad entre los árboles.

Arriba —bien arriba— el cielo, con las estrellas escondidas tras espesos nubarrones.

La improvisada clase de baile se prolongó cerca de una hora. El tiempo suficiente como para que Martina, Camila y Oriana aprendieran —entre risas— algunos pasos de "tap"¹ y la abuela se quedara exhausta y muy acalorada.

Pronto, todos se retiraron a sus cuartos.

Alrededor de la casa, la noche, tan negra como el sombrero de copa que habían usado para la función.

Las tres nenas ya se habían acostado. Ocupaban el cuarto de huéspedes, como en cada oportunidad que pasaban en esa casa.

Era un dormitorio amplio, ubicado en el primer piso. Tenía ventanas que se abrían sobre el parque trasero del edificio y a través de las cuales solía filtrarse el resplandor de la luna (aunque no en noches como aquella, claro, en la que la oscuridad era un enorme poncho cubriéndolo todo).

En el cuarto había tres camas de una plaza, colocadas en forma paralela, en hilera y separadas por sólidas mesas de luz.

En la cama de la izquierda, Martina, porque prefería el lugar junto a la puerta. En la cama de la derecha, Camila, porque le gustaba el sitio al lado de la ventana.

En la cama del medio, Oriana, porque era miedosa y decía que así se sentía protegida por sus amigas.

Las chicas acababan de dormirse cuando las despertó —de repente— la voz del padre. Terminaba de vestirse —nuevamente y de prisa— a la par que les decía:

—La abuela se descompuso. Nada grave —creemos—, pero vamos a llevarla hasta el hospital del pueblo para que la revisen, así nos quedamos tranquilos. Enseguida volvemos. Ah, dice mamá que no vayan a levantarse, que traten de dormir hasta que regresemos. Hasta luego.

¿Dormir? ¿Quién podía dormir después de esa mala noticia? Las chicas no, al menos, preocupadas como se quedaban por la salud de la querida abuela. Y menos pudieron dormir minutos después de que oyeron el ruido del auto del padre, saliendo de la casa, ya que

¹ Tap: zapateo americano

a la angustia de la espera se agregó el miedo por los tremendos ruidos de la tormenta que — finalmente— había decidido desmelenarse sobre la noche.

Truenos y rayos que conmovían el corazón.

Relámpagos, como gigantescas y electrizadas luciérnagas.

El viento, volcándose como pocas veces antes.

— ¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo! —gritó Oriana, de repente.

Las otras dos también lo tenían pero permanecían calladas, tragándose la inquietud.

Martina trató de calmar a su amiguita (y de calmarse, por qué negarlo) encendiendo su velador. Camila hizo lo mismo.

La cama de Oriana fue —entonces— la más iluminada de las tres ya que —al estar en el medio de las otras— recibía la luz directa de dos veladores.

—No pasa nada. La tormenta empeora la situación, eso es todo —decía Martina, dándose ánimo ella también con sus propios argumentos.

—Enseguida van a volver con la abuela. Seguro —opinaba Camila.

Y así —entre las lamentaciones de Oriana y las palabras de consuelo de las amigas más corajudas— transcurrió alrededor de un cuarto de hora en todos los relojes.

Cuando el de la sala —grande y de péndulo— marcó las doce con sus ahuecados talanes, las jovencitas ya habían logrado tranquilizarse bastante, a pesar de que la tormenta amenazaba con tornarse inacabable.

Las luces se apagaron de golpe.

— ¡No me hagan bromas pesadas! —chilló Oriana— ¡Enciendan los veladores otra vez, malditas! —y asustada, ella misma tanteó sobre las mesitas para encontrar las perillas.

Sólo encontró las manos de sus amigas, haciendo lo propio.

— ¡Yo no apagué nada, boba! —protestó Camila.

— ¡Se habrá cortado la luz! —supuso Martina.

Y así era nomás. Demasiada electricidad haciendo travesuras en el cielo y nada allí —en la casa— donde tanto se la necesitaba en esos momentos...

Oriana se echó a llorar, desconsolada.

— ¡Tengo miedo! ¡Hay que ir a buscar las velas a la cocina! ¡Hay que bajar a buscar fósforos y velas! ¡O una linterna!

—"¡Hay que!" "¡Hay que!" ¡Qué viva la señorita! ¿Y quién baja, ¿eh? ¿Quién?—se enojó Camila—. Yo, ¡ni loca!

— ¡Yo tampoco! —agregó Martina—. Esta Oriana se cree que soy la Superniña, pero no. Yo también tengo miedo, ¡qué tanto! Además, mi mamá nos recomendó que no nos levantáramos, ¿recuerdan?

Oriana lloraba con la cabeza oculta debajo de la almohada.

—Buaaaah... ¿Qué hacemos entonces? ¡Me muero de miedo! Por favor, bajen a buscar velas... Sean buenas... Buaaaah...

Martina sintió pena por su amiga. Si bien eran de la misma edad, Oriana parecía más chiquita y se comportaba como tal. Se compadeció y actuó —entonces— cual si fuera una hermana mayor.

—Bueno, bueno; no llores más, Ori. Tranquila... Se me ocurrió una idea. Vamos a hacer una cosa para no tener más miedo, ¿sí?

—¿Q--ué...? —balbuceó Oriana.

— ¿Qué cosa? —Camila también se mostró interesada, lógico (aunque seguía sin quejarse, el temor la hacía temblar). Martina continuó con su explicación:

—Nos tapamos bien —cada una en su cama— y estiramos los brazos, bien estirados hacia afuera, hasta darnos las manos.

Enseguida, lo hicieron.

Obviamente, Oriana fue la que se sintió más amparada: al estar en el medio de sus dos amigas y abrir los brazos en cruz, pudo sentir un apretoncito en ambas manos.

— ¡Qué suertuda Ori!, ¿eh? —bromeó Camila.

—Desde tu cama se recibe compañía de los dos lados...

—En cambio, nosotras... —completó Martina— sólo con una mano...

Y así —de manos fuertemente entrelazadas— las tres niñas lograron vencer buena parte de sus miedos.

Al rato, todas dormían.

Afuera, la tormenta empezaba a despedirse.

Gracias a Dios, la abuela ya se siente bien —les contó la madre al amanecer del día siguiente, en cuanto retornaron a la casa con su marido y su suegra y dispararon al primer piso para ver cómo estaban las chicas—. Fue sólo un susto. Como —a su regreso— las niñas dormían plácidamente, la abuela misma había sido la encargada de despertarlas para avisarles que todo estaba en orden. ¡Qué alegría!

—Así me gusta. ¡Son muy valientes! Las felicito —y la abuela las besó y les prometió servirles el desayuno en la cama, para mirarlas un poco, después de la noche de nervios que habían pasado.

—No tan valientes, señora... Al menos, yo no... —susurró Oriana, algo avergonzada por su comportamiento de la víspera—. Fue su nieta la que consiguió que nos calmáramos... Tras esta confesión de la nena, padres y abuela quisieron saber qué habían hecho para no asustarse demasiado.

Entonces, las tres amiguitas les contaron:

—Nos tapamos bien, cada una en su cama como ahora...

—Estirarnos los brazos así, como ahora...

—Nos dimos las manos con fuerza, así, como ahora...

¡Qué impresión les causó lo que comprobaron en ese instante, María Santísima! Y de la misma no se libraron ni los padres ni la abuela.

Resulta que por más que se esforzaron —estirando los brazos a más no poder— sus manos infantiles no llegaban a rozarse siquiera.

¡Y había que correr las camas laterales unos diez centímetros hacia la del medio para que las chicas pudieran tocarse —apenas— las puntas de los dedos!

Sin embargo, las tres habían —realmente— sentido que sus manos les eran estrechadas por otras, no bien llevaron a la acción la propuesta de Martina.

— ¿Las manos de quién? —exclamaron entonces, mientras los adultos trataban de disimular sus propios sentimientos de horror.

— ¿De quiénes? —corrigió Oriana, con una mueca de espanto. ¡Ella había sido tomada de ambas manos!

Manos.

Cuatro manos más aparte de las seis de las niñas, moviéndose en la oscuridad de aquella noche al encuentro de otras, en busca de aferrarse entre sí.

Manos humanas.

Manos espectrales. (Acaso —a veces, de tanto en tanto— los fantasmas también tengan miedo... y nos necesiten...)

Comprensión

Resolvé las siguientes consignas:

a) Presentá el marco del relato:

- Lugar:
- Personajes:
- Tiempo:

b) ¿Cuál es el hecho que marca el inicio del conflicto?

c) ¿Los hechos que se relatan en la situación inicial y el conflicto podrían ocurrir en la realidad?

d) En la resolución ocurre un hecho que es difícil de explicar racionalmente ¿Cuál es? ¿Podrías encontrar alguna explicación para ese hecho?

Leé ahora con tu docente las páginas 87 y 88 del Manual de Lengua en las que se presenta el **cuento fantástico**. Ahora que ya conocés las características del cuento fantástico: ¿podríamos afirmar que el cuento leído es un cuento fantástico? ¿Qué características encontraste en él que te permitieron reconocerlo?

e) ¿El tema del relato es alguno de los temas clásicos que se enumeran en la página 88 del Manual? ¿Cuál?

Recordá:

El **cuento fantástico** es un relato literario en el cual los hechos, en un principio, se rigen por leyes de nuestro mundo (verosímil) hasta que un elemento sobrenatural irrumpe y ese verosímil se quiebra, provocando una perturbación o vacilación en el lector.

La coherencia textual

- a) Describí la situación comunicativa que da origen a este texto: dónde y cuándo se publicó el texto, emisor, receptor.
- b) ¿Cuál es el propósito del emisor?
- c) ¿Quiere que nosotros creamos que esa historia es verdadera?
- d) ¿Cómo organiza la información para lograr su propósito?
- e) Señalá en el texto **conectores temporales**.

A continuación, leé con tu docente las páginas 54,55 y 56 del manual donde se desarrolla el tema “**La coherencia textual**” y atendé su explicación.

✚ ¿Podemos afirmar que el cuento leído tiene coherencia externa?

✚ ¿Tiene coherencia interna?

Recordá:

La **coherencia** es la organización de las partes del texto que hace que tenga sentido en una situación comunicativa dada. La adecuación, la correspondiente estructura y las relaciones temporales y lógicas entre las oraciones hacen que el texto sea coherente.

Pronombre personal y posesivo

Leé con tu docente la página 31 donde se desarrolla el tema “El pronombre” y escuchá atentamente la explicación de tu docente. Luego, observá el siguiente cuadro de los pronombres personales:

	PRONOMBRES PERSONALES	
PERSONAS	SINGULAR	PLURAL
1era. EMISOR	Yo, me, mí, conmigo	Nosotros, nosotras, nos
2da. RECEPTOR	Tú, te, ti, contigo, usted	Vosotros, vosotras, vos, os, ustedes
3era. OTRAS PERSONAS	Él, ella, ello, se, sí, consigo, lo, la, le	Ellos, ellas, se, sí, consigo, los, las, les

- a) Reconocé y subrayá en los primeros párrafos del cuento dos pronombres personales y dos pronombres posesivos.
- b) Completá el siguiente cuadro con los pronombres reconocidos

Pronombre	Clasificación	Persona	Número
lo	personal	Tercera persona	singular

Recordá:

Los **pronombres personales** indican las personas que intervienen en la situación comunicativa: la primera corresponde al emisor, la segunda al receptor y la tercera al que está fuera de la situación.

Además los pronombres personales cambian su forma, dependiendo de la función que cumplan en la oración: sujeto, objeto directo, objeto indirecto y término de la preposición.

Grafemas: se escriben con: c, s, y z

Leé con tu docente el uso de “c, s y z” en la página 115 y 116 del manual y aplicalo en las actividades de la tarea para la próxima clase.

Tarea para la próxima clase

- 1) Leé el cuento “El Dragón” de Ray Bradbury de la página 88 del Manual y realizá la actividad indicada al final en la página 90.
- 2) Leé el cuento de la página 124 del manual, “Las estatuas” de Anderson Imbert y cambiá el final de modo que sea un cuento realista.
 - a. Utilizá al menos dos pronombres personales y dos posesivos de diferente tipo. Subrayalos, transcribilos, clasificalos y caracterizalos morfológicamente.
 - b. Usá y subrayá palabras con s, c, y z. Explicá las reglas correspondientes.
- 3) Explicá la coherencia interna y externa de este texto. Fundamentá con ejemplos del texto.